

En los límites de la realidad

**ROBERT
BLOCH**



En los límites de la realidad se abre un nuevo mundo donde todo puede suceder: los más despiadados tiranos del pasado vuelven para aterrorizar a quienes creen haberlos olvidado; el demonio viaja en las alas de un avión de pasajeros, y solo un hombre que no da crédito a sus ojos puede verle; un niño solitario tiene poderes suficientes como para controlar el Universo entero. Porque en los límites de la realidad usted está en otra dimensión... y solo su imaginación le pone límites.

En los límites de la realidad constituye una colaboración de Robert Bloch con otros autores, conteniendo los siguientes relatos:

Bill (*Bill*, Robert Bloch, 1983)

Valentine (*Valentine*, George Clayton Johnson & Josh Rogan & Richard Matheson & Robert Bloch, 1983)

Helen (*Helen*, Jerome Bixby & Richard Matheson & Robert Bloch, 1983)

Bloom (*Bloom*, Richard Matheson & Robert Bloch, 1983)

BILL

Robert Bloch
1983

Bill Conner se abrió paso por entre el tránsito del atardecer, conduciendo el Ford con una cuota de maldiciones más abundantes que la de costumbre.

Era de esperar: no bien logró ubicarse en el carril derecho, preparándose para girar en la esquina, ¡cambió el semáforo!

«Siempre lo mismo», se dijo. «Cada vez que estoy llegando a algo vuelve a ocurrir: me paran en seco».

Tamborileó los dedos, impaciente, contra el volante del automóvil, mientras mantenía la mirada clavada en el resplandor de los faros, reflejados en el espejo retrovisor. Aun antes de que el semáforo se pusiera en verde otra vez, su pie se clavó en el acelerador. Inició el giro en la esquina.

Por el parabrisas, su mirada captó un borrón de movimiento. Un súbito grito se mezcló con el chirrido de sus frenos. El automóvil se detuvo, salvando por muy poco el torrente de peatones que cruzaban la calzada.

Bill se asomó por la ventanilla para mirar mejor aquellas caras asustadas que pasaban a la carrera. Caras negras, por supuesto. Ese maldito vecindario estaba lleno de negros.

—¿Por qué diablos no miran? —gritó.

Una vez franqueado el cruce de peatones y completado el giro, se deslizó hacia la relativa seguridad de la calle lateral.

Le costó un esfuerzo aflojar la presión sobre el acelerador. Era preferible aminorar la marcha, conducir con tranquilidad. Si algo estaba completamente de más en esos momentos era un accidente. Cualquiera negro de porquería se le cruza a uno delante del automóvil y, de inmediato, algún abogado judío sale de la nada con un juicio por un millón de dólares por daños y perjuicios.

Bill se inclinó hacia adelante para encender la radio. Un poco de música para tranquilizar los nervios: eso era lo que le hacía falta. *Sólo una canción al oscurecer...*

En sus oídos estalló el estruendo. Una voz de mujer, de timbre agudo, gritó en demencial invitación:

—Dámela, queridito...

Bill cortó aquella voz; hubiera preferido, en realidad, cortar directamente el cuello. ¡Esas negras de porquería! No se conformaban con invadir la calle: también habían invadido el aire. Tal como se estaban poniendo las cosas, los blancos ya no tenían lugar para respirar tranquilos.

¿Qué diablos estaba pasando con ese país? Cuando Bill era niño las cosas habían sido diferentes. No se oían tantas idioteces sobre derechos civiles; esa gente cumplía con su trabajo y guardaba su lugar. En la actualidad era como si todo el mundo se estuviera convirtiendo en una sociedad de beneficencia. Impuestos y más impuestos, ¿y todo para qué? Nadie tenía el coraje que hacía falta para terminar con eso; ya nadie se atrevía siquiera a hablar del asunto. Tanta bebida, tantas drogas, tantas noticias sobre robos, violaciones, palizas callejeras. Cosa de locos, eso era. Cosa de locos.

Claro, hacía falta alguien como él para manejar la situación. Él habría podido arreglarlo todo de un día para otro. Con respecto a los crímenes, por ejemplo: lo primero que debía hacerse era matar al ochenta por ciento de los abo-

gados, al noventa por ciento de los psiquiatras y al cien por ciento de esos que comienzan una frase diciendo: «Oiga, compañero...»

Bill sacudió la cabeza. No ganaba nada poniéndose furioso. Tal como andaban las cosas, los ciudadanos decentes y trabajadores como él no iban a ninguna parte. Sólo cabía esperar un poco de descanso, relajarse, hacer algo que borrara los problemas de la mente. Sobre todo después de un día como el que acababa de tener. Al menos, eso no se lo podían quitar... todavía.

A la izquierda centellearon las luces potentes de un bar. Bill aminoró la marcha y se dedicó a buscar sitio para estacionar junto al cordón derecho. Por fin halló espacio, media cuadra más adelante. Después de apagar las luces y el motor, salió a la calle, cuidando de cerrar con llave la portezuela. Ese viejo vecindario ya no era seguro; si uno dejaba el automóvil abierto por un minuto, podía despedirse de él para siempre. Y a eso le llamaban progreso. En otros tiempos sólo robaban pollos y sandías; en la actualidad, si uno no tenía los ojos bien abiertos, le sacaban el automóvil o la billetera... cuando no la vida.

Bill se encogió de hombros, apartando el pensamiento. Luego irguió la espalda, mientras cruzaba la calle y avanzaba en dirección a la entrada, bajo el cartel de neón. Era hora de Pasarlo Bien. No estaría bien entrar con el entrecejo fruncido. «Recuerda que eres vendedor y lo primero que debe hacer un vendedor es venderse a sí mismo».

El local estaba lleno de parroquianos que, como él, habían interrumpido el regreso a casa para descansar un momento, después de una jornada larga y dura.

Bill giró para investigar los bordes más alejados de la multitud; por fin distinguió las siluetas familiares, sentadas en el reservado del rincón.

Los dos hombres parecían espejos de él mismo. Ray le llevaba tal vez algunos años y Larry era un poquito más joven. Pero ambos lucían atuendos similares: traje, camisa

blanca y corbata conservadora, estudiada para inspirar confianza a los posibles clientes. Dos buenos vendedores, dos buenos camaradas.

Ambos lo miraron y correspondieron a su ademán de saludo. Ray se corrió hacia el centro del reservado, mientras Bill se deslizaba a su lado, en el asiento.

—¿Por qué tardaste tanto?

—Ese maldito tránsito. Tal como están las cosas, uno tardaría menos si viniera caminando. —Bill echó un vistazo a su reloj—. ¡Epa!, oigan... sólo puedo quedarme unos minutos. Mi mujer tiene invitados a cenar; unos primos de Florida.

Larry lo miró por sobre la mesa.

—Bueno, apúrate a ponerte al día, entonces. —Hizo señas a una camarera ligera de ropas, que pasaba junto a ellos—. ¡Eh, muchacha! Otra cerveza. Mejor que sean dos.

Era obvio que Larry no tenía ningún problema. Ray parecía el más sobrio de los dos; Bill, al hablar, sentía sobre él su mirada fija.

—¿Qué te tiene mal? —preguntó Ray—. ¿Pasa algo malo?

—Todo este maldito mundo, eso es lo que me tiene mal.

Larry, al otro lado de la mesa, se enfrentó con su entrecejo fruncido con una mueca de fingido horror.

—¡Oh, oh!

Bill, sin prestarle atención, se volvió hacia Ray.

—¿Te acuerdas de ese tal Goldman?

—Ah, conque de eso se trata. No te ascendieron. ¿Qué pasó?

—Ese judío de porquería me robó el puesto.

La camarera pudo dos vasos de cerveza en la mesa, frente a Bill. La expresión malhumorada del parroquiano desapareció cuando, al agacharse la mujer, vislumbró sus pechos. Alargó una mano para tocarle las nalgas redondeadas.

—¿No te gustaría levantarle el ánimo a este viejo? — murmuró.

La camarera se apartó con una destreza hija de la larga práctica.

—Tome su cerveza y se sentirá mejor.

Bill volvió a manosearla.

—Ven aquí, linda...

Se liberó con un sacudón, fulminándolo con la mirada.

—¡Sáqueme las manos de encima, cochino!

Mientras ella se retiraba, Larry se echó a reír.

—Creo que le gustas, Bill. Parece que ninguna mujer se te resiste.

Bill volvió a fruncir el entrecejo.

—Yo soy mejor que Goldman. ¡Hace diecisiete años que trabajo allí, por el amor de Dios!

Larry buscó el vaso, medio a tientas, y lo levantó con ademán de borracho.

—Vamos, Bill, no te pongas así.

—¿Y cómo me voy a poner? Goldman se lleva mi ascenso ¿y yo qué, me voy a reír? Son seiscientos dólares más al año de los que gano ahora.

Ray sacudió la cabeza.

—Tranquilo, Bill.

—El que se queda tranquilo es él. Esos judíos siempre ganan más.

—¿Cuánto hace que Goldman trabaja allí? —preguntó Ray, sin alterarse.

Bill se encogió de hombros.

—Más que yo, ¿y qué? Yo he vendido más unidades en las últimas seis semanas que ese judío en todo el año. — Mientras hablaba su cólera fue en aumento, creciendo dentro de él hasta desbordar—. Ya me conoces, sabes lo trabajador que soy. Me deslomo trabajando y cualquier judío elegante se queda con mi trabajo. Son muy vivos. No me extraña que sean dueños de todo.

—Oh, basta, Bill —observó Ray, inclinándose hacia adelante—. Tú sabes que los judíos no son dueños de todo.

—Cierto —rió Larry—, porque los árabes no los dejan.

—Qué me importa —murmuró Bill—. Los árabes son sólo negros envueltos en sábanas.

Ray miró a Larry y soltó un suspiro de cansada resignación.

—¡Oh, no! ¡Ahora quién lo para!

El otro soltó una risita burlona, pero Bill pasó por alto esa reacción.

—En este país cada vez es más difícil seguir viviendo. —Golpeó la mesa con el puño—. ¿Saben por qué? Por los judíos, los negros y los chinos. Por eso.

—Estás delirando, Bill.

En la réplica de Ray había una nota de cautela. Bill no le prestó atención. Su propia voz era cada vez más potente.

—¿Así que estoy delirando? Mi casa pertenece a un banco de chinos. Tengo vecinos negros a seis cuadras de mi casa.

Se interrumpió abruptamente ante una voz que se elevaba a sus espaldas.

—Disculpe, señor. ¿Tiene algún problema?

Bill levantó la mirada hacia el rostro de un hombre alto, de pie junto al reservado. Era un rostro negro. Larry, al otro lado de la mesa, murmuró por lo bajo:

—¡Oh-oh!

Bill puso cara de desafío.

—Sí, lo tengo, compañero. Tengo un montón de problemas.

La cara negra seguía impasible.

—Vea —dijo, lentamente—, la verdad es que no me importa lo que ustedes piensen, caballeros, mientras no me vea forzado a oírlo.

Antes de que Bill pudiera responder, Ray intervino rápidamente.

—Está bien, no se altere. Nuestro amigo está algo perturbado. Eso es todo.

Bill, por el raballo del ojo, captó su mirada de advertencia y se obligó a hacer un gesto de asentimiento.

—Claro, claro —dijo a la formidable silueta erguida a su lado—. Todo está bien.

Por un momento, el parroquiano negro vaciló, sin apartar la mirada de Bill. Por fin volvió a su mesa, mientras Bill alargaba la mano hacia uno de los vasos que tenía ante sí, para beber su contenido de un solo trago. Mientras levantaba el otro vaso, Ray frunció el entrecejo.

—Sería mejor que nos fuéramos —comentó.

Bill sacudió la cabeza.

—¡Tú puedes hacer lo que se te antoje! Pero yo no voy a salir de aquí hasta que me dé la gana. Si a ese negro no le gusta lo que digo, que se vaya él.

—¡No levantes la voz! —Ray dio el ejemplo con un susurro asustado—. ¿Quieres que nos maten?

Cierta censura interior moduló la voz de Bill, pero no el mensaje que transmitía:

—Hitler tenía razón. Hay que matarlos a todos.

Levantó el vaso y bebió mientras Larry asentía en alcoholizado acuerdo.

—Allá fue donde lo arruinamos: en Vietnam.

—¿Qué? —inquirió Ray, parpadeando.

—Si los hubiéramos matado a todos habríamos triunfado.

El gesto de Ray mezclaba disgusto con condescendencia.

—Estás borracho, Larry.

Su compañero pasó por alto la información, sacudiendo el índice para destacar sus sabias palabras.

—¿No te das cuenta? Si estuvieran muertos no serían comunistas.

—¿Ah, no? ¿No se puede ser comunista a muerte?

—¡Eh, no se me había ocurrido! Esos comunistas se las saben todas.

Su risa vocinglera resultó contagiosa. Ray respondió con una carcajada contenida, pero Bill permaneció pétreo, inmune al contagio.

Larry lo observó, afligido.

—Vamos, Bill, alégrate.

Conner hizo desaparecer el contenido del segundo vaso antes de golpear la mesa con él.

—¿Les parece divertido? —dijo— ¡Vaya amigos los que tengo! Ese judío me quita el puesto, cualquier negro me amenaza cuando digo lo que pienso y ustedes no hacen sino reír. No, si yo tengo una suerte increíble al tener amigos como ustedes.

Ray alargó la mano para apoyarla en el hombro de Bill.

—Salgamos de aquí —propuso—. Estás gritando otra vez.

Bill le apartó la mano y se levantó; estaba dispuesto a retirarse, pero antes quería aclarar las cosas.

—No se olviden de una cosa: mientras ustedes dos andaban divirtiéndose por ahí, yo estaba en la guerra. Nos pagaban para matar chinos.

—Bueno —dijo Ray—, tranquilízate...

Bill no lo escuchaba.

—Yo creía que habíamos ganado esa guerra, pero ahora esos mismos chinos son los dueños de mi casa. Y ahora este judío me roba el ascenso. Me vendría bien ese aumento; contaba con él. En cambio se lo lleva un judío rico...

—Espera un momento. —Ray sacudió la cabeza en ademán reprobatorio—. Conozco a Goldman y no se puede decir que sea rico. A juzgar por el tipo de ropa que usa y por el automóvil viejo que tiene, probablemente tú estés en mejor situación económica que él.

—¿Y a mí qué diablos me importa? —Bill ya no hacía el menor esfuerzo por dominar su voz; por lo que a él concernía, todo el mundo podía recibir el mensaje con claridad y

prontitud—. ¿No entiendes? Yo soy mejor que los judíos. Soy mejor que los africanos. Soy mejor que los orientales. ¡Soy un norteamericano! Y eso significa algo, ¿no?

Giró en redondo y echó a andar a lo largo de los reservados, dirigiéndose hacia la puerta. La voz de Ray se elevó a sus espaldas.

—¡Bill, espera un minuto...!

Pero no tenía tiempo para esperar. Abrió la puerta de un tirón y salió a la calle, oscurecida por el crepúsculo. Tras él, la puerta se cerró con un golpe.

Bill no lo oyó. Estaba demasiado ocupado, con la vista fija en la calle, donde todo estaba...

Mal.

El tránsito había desaparecido, así como la mitad de los coches estacionados contra el cordón de enfrente. Y los que aún quedaban eran... diferentes. Algo en las formas y el tamaño le hizo pensar, vagamente, en los armatostes que usaba cuando era un jovencito. Se parecían a éstos, pero aun así no pudo reconocer los modelos. Detrás de ellos seguía habiendo una hilera de fachadas comerciales, pero hasta ellas parecían extrañas, desconocidas. Todas los negocios estaban a oscuras y cerrados hasta el día siguiente. Justo frente a él, uno de los comercios tenía la vidriera rota, con medio cristal hecho trizas y sacado del marco. En la puerta de madera se leían dos palabras garabateadas con pintura amarilla.

Bill entrecerró los ojos en la penumbra, tratando de leerlas.

Juden y Juifs.

Una palabra estaba en alemán y la otra en francés, pero ambas significaban lo mismo: judíos.

¿Qué diablos había pasado allí? Al mirar a su alrededor notó otros cambios; en cada negocio ondeaba una bandera con un diseño que también le recordaba a algo visto en un pasado lejano: un garabato de líneas negras entrelazadas en forma de cruz esvástica.

«¿Qué está pasando aquí?»

Bill parpadeó y se volvió para enfrentarse con una pared de ladrillos junto a la entrada del bar. Estaba llena de carteles donde se leían, en grandes letras, mensajes en alemán y francés. Una vez más, Bill se dio cuenta, sorprendido, de que comprendía las frases.

Sacudió la cabeza, en un intento por despejarla. ¿Acaso estaba ebrio? No era posible; sólo había bebido dos vasos de cerveza. Y aunque se hubiera tratado de una docena, eso no explicaba su repentina capacidad para entender idiomas extranjeros, ni por qué no lograba reconocer esa calle.

¿Qué había ocurrido con la calle? ¿Y qué había ocurrido con él?

Bill cerró los ojos por un momento, aislándose de todo lo extraño que lo rodeaba. Estaba demasiado tenso; a eso se reducía todo. Había hecho mal en dejarse llevar así, en el bar. Era el momento de dominarse; con eso bastaría. Permaneció inmóvil y en silencio, aspirando profundamente, llenando con fuerza sus pulmones y su cabeza de aire fresco. Eso lo arreglaría todo.

Pero cuando volvió a abrir los ojos nada había cambiado.

Nada... y todo. Aún estaba en una calle desconocida, frente a negocios extraños, automóviles antiguos, nada familiares, y raros letreros con leyendas en idiomas extranjeros.

Al levantar la mirada vio que un vehículo giraba en la esquina de la izquierda. Era un modelo antiguo y en la portezuela lucía la esvástica contra un fondo circular. El automóvil se detuvo ante él, con un chirrido de frenos. Se abrió la puerta trasera y dos hombres bajaron con rapidez. Ambos llevaban uniformes: uniformes que Bill había visto muchas veces, pero sólo en fotografías y películas de la Segunda Guerra Mundial.

Bill los miró fijamente mientras se acercaban. Una súbita comprensión lo había dejado aturdido. ¡Por Dios, eran oficiales nazis!

Où allez-vous?

Los ojos del primer hombre eran fríos; su voz, cortante.

—*Qui êtes-vous?*

«¿Quién es usted?» Bill se volvió hacia el segundo oficial, que alargaba una mano.

Ihre Papiere.

El norteamericano guardó silencio; comprendió de pronto que ambos le hablaban en idioma extranjero: en francés el primero, en alemán el segundo. Sin embargo, él comprendía lo que le estaban diciendo. ¿Cómo era posible eso?

El primer oficial volvió a hablar, siempre en francés, pero Bill comprendió con claridad la orden:

—¡Sus papeles, ahora mismo!

Bill comenzó a retroceder.

—*Vos papiers! Maintenant!*

El primer oficial lo sujetó por un brazo y buscó la billetera en el bolsillo de Bill. Él sacudió la cabeza.

—Eh, ¿qué está haciendo?

El segundo le dio una cachetada.

—*Sei still!* —gritó.

El fuerte golpe hizo que los ojos de Bill se llenaran de lágrimas; antes de que pudiera volver a hablar, el primer oficial ya se había apoderado de su billetera y estaba examinando el contenido de los bolsillos plásticos.

—*Qu'est-ce que c'est que ça?* —le espetó, mirando la tarjeta de crédito.

Bill frunció el entrecejo, pasmado.

—*Antworten Sie!* —gritó el nazi—. *Was meint das?*

Bill se forzó a hablar.

—¡Es una tarjeta de crédito, por el amor de Dios!

—*Sind Sie Englischer?* —interrogó el segundo oficial—. *Was tun Sie hier?*

Bill buscó a tientas una respuesta. ¿Qué estaba haciendo allí, en realidad? Más aún: ¿dónde estaba? Su mirada vagó más allá de sus dos interrogadores, hasta los letreros que identificaban a los negocios de enfrente. Estaban en francés, pero esos hombres eran alemanes. Vagamente recordó, por sus lecciones de historia, que los nazis habían ocupado Francia durante la Segunda Guerra. Pero eso había ocurrido en 1940, toda una vida antes. ¿Cómo podían estar allí?

El primer oficial mostró la licencia de conductor de Bill.

—*Vous êtes Américain? Répondez-moi!*

—¿Qué está haciendo aquí? —repitió el segundo oficial.

Se puso detrás de Bill y le sujetó con fuerza los brazos a la espalda.

—¡Suélteme! —gritó Bill.

El primero de los uniformados sacudió la cabeza.

—*Venez avec nous!*

Cerró la billetera y se la guardó en el bolsillo. Luego comenzó a cruzar la acera hacia el automóvil detenido, mientras su compañero empujaba a Bill en la misma dirección. Al llegar a la portezuela, Bill se liberó de un tirón, giró rápidamente, y empujó al oficial que lo retenía contra el otro.

Los dos hombres chocaron con fuerza y, por un momento, perdieron el equilibrio. Bill echó a correr calle abajo, seguido por los gritos:

—*Halt!*

Arrêtez!

Bill no se volvió. Corría ciegamente, con una celeridad nacida del pánico. Los gritos volvieron a oírse.

—*Halt! Ich werde schiessen!*

Bill abrió los ojos justo a tiempo para ver la entrada de un callejón, que bostezaba hacia su izquierda. En el momento en que se lanzaba hacia él oyó el eco de dos disparos a su espalda. Corrió por el callejón, zigzagueando entre basura y trozos de muebles rotos. En la oscuridad, acabó por tropezar y caer.

Así quedó por un segundo, tratando de recobrar el aliento. Levantó la cabeza, jadeando, y miró hacia atrás. Sus perseguidores acababan de aparecer en el extremo del callejón. Ambos tenían ya las pistolas en la mano y revisaban la oscuridad. De pronto levantaron las armas y dispararon a ciegas.

Un fuerte dolor perforó el brazo izquierdo de Bill, justo debajo del hombro. Miró hacia abajo, pasmado por la visión de la herida sangrante. Desde la oscuridad, hacia atrás, le llegaba el ruido de botas apresuradas que castigaban los adoquines.

Bill miró frenéticamente a su alrededor. A su lado había un montón de escombros que sobresalía de la pared. Sin hacer el menor ruido, se ocultó detrás del montículo, agazapado, rezando en silencio por que su escondite resultara seguro.

Temeroso de alzar la cabeza, se limitó a permanecer allí, tendido, en silencio, en tanto se acrecentaban el ruido y el ritmo de los pasos, para perderse en la oscuridad. Sólo entonces se atrevió a mirar el otro extremo del callejón. Bajo la luz de la calle, vio que los oficiales se habían detenido y miraban alrededor, confusos.

Por un momento se sintió a salvo... pero sólo por un momento. En el aire resonó el agudo chillido de un silbato que pedía ayuda.

El brazo de Bill palpitaba, caliente de sangre. Tenía la frente helada de sudor. Al asomarse por detrás de los escombros vio una puerta de madera en la pared del callejón, justo enfrente. Tironeó del picaporte, esperando (contra toda su esperanza) que estuviera sin llave. Para su alivio la puerta se abrió hacia adentro.

Entró, la cerró a sus espaldas y sus ojos escudriñaron lentamente la oscuridad. Ante sí se levantaba una sombría escalera. Avanzó hacia ella, en silencio, y empezó a subir.

A medio camino se detuvo, sobresaltado por un súbito ruido de pasos en lo alto. Una vez más se le cubrió la frente